# HISPANISMO Y ESPAÑOLISMO

POR

JULIAN MARIAS

La importante revista *Books Abroad*, publicada por las prensas de la Universidad de Oklahoma, y cuya misión es informar al lector de los Estados Unidos acerca de la vida intelectual extranjera, ha publicado, en su número de verano de 1951, un artículo de Robert G. Mead, Jr., profesor de la Universidad de Connecticut, que se titula "Dictatorship and Literature in the Spanish World". El tema es interesante y peliagudo; la tesis general del artículo y algunos de sus detalles suscitan nuestra atención; la difusión y autoridad de la excelente revista en que ha aparecido aumentan su alcance; pero, sobre todo, tiene un valor sintomático, como ejemplo de una actitud intelectual muy difundida. Por eso creo que merece un comentario sincero, apremiante y que llame por su nombre a algunas cosas que en este tiempo suelen usar seudónimo.

El señor Mead se refiere juntamente a España y a la América española, especialmente a la Argentina. No voy a hacer yo lo mismo, sino que me voy a atener exclusivamente a España: primero, porque es lo que conozco bien, y quisiera evitar ligerezas en cuestión tan delicada; en segundo lugar, porque la comunidad de lengua no basta para establecer analogías entre situaciones políticas, históricas e intelectuales que no pueden menos de ser profundamente dispares; y este error de método y de principio vicia todo el artículo en cuestión.

Lo más sustancial de su contenido viene a ser lo siguiente: Desde 1939, es decir, desde el final de la guerra civil española y el establecimiento del régimen actual, se han manifestado ciertos caracteres en el desenvolvimiento intelectual de España *y de Hispanoamérica*, que son los resultados directos o indirectos de dicho régimen. En España se ha impedido el desarrollo intelectual normal y se ha perdido para el país "la gran mayoría de sus principales pensadores". Se puede hablar de una "generación de los emigrados", y "una comparación imparcial entre estos emigrados y los intelectuales que permanecen en España tiene que ser fuertemente favorable a los primeros". Más de la mitad de los catedráticos universitarios españoles han abandonado *el país* desde la

Revolución. "Así, España está muy atrás en la ciencia contemporánea, mientras en las humanidades la situación no es mucho mejor." "Aparte de *unas pocas* grandes figuras *(todas* las cuales son de edad muy avanzada), como el erudito Menéndez Pidal, el filósofo Ortega y Gasset y los pocos supervivientes de la "Generación del 98" (un grupo con ideales esencialmente modernos), *la mayoría* de los intelectuales de España se encuentran dispersos por Europa y el Nuevo Mundo, con su núcleo principal en Méjico." Los que han quedado en España, o han tenido que hacer las paces con el régimen o eliminar todos los temas de controversia, con lo cual queda descartada "la producción literaria original de interés o mérito". Las casas editoriales—afirma el señor Mead—han contribuído también a la decadencia de las letras nacionales, "colaborando con la campaña del régimen para eliminar *toda mención* de aquellos escritores e intelectuales que estuvieron del lado de la República". La consecuencia de todo ello es "la *progresiva* implantación de una tiranía de la mediocridad en *todas* las esferas del pensamiento".

Todo esto en España. Lo contrario ocurre—dice el señor Mead—entre los emigrados y otros españoles que viven y trabajan en el extranjero. Aparte de los que han muerto en el exilio, como los hermanos *(sic!)* Machado, Angel Ossorio, Enrique Díez-Canedo, etcétera, el señor Mead cita una serie de españoles, casi todos ilustres, algunos de ellos egregios, cuyos nombres todos quiero reproducir: Américo Castro, Luis Capdevila, Pablo Picasso, Pablo Casals, Salvador de Madariaga, Rafael Altamira (que acaba de morir estos meses), José M.ª Ots Capdequí, José Gaos, Luis Aznar, Ramón J. Sender, Francisco Giner de los Ríos, Jacinto Grau, Alejandro Casona, José Moreno Villa, Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Tomás Navarro Tomás, Angel del Río, Eugenio Florit *(sic!)*, Amado Alonso. La labor intelectual de estos españoles fuera de España —para emplear la feliz expresión de Marañón—parece al señor Mead eficaz y valiosa.

Finalmente, el señor Mead se pregunta—y ésta es la conclusión de su artículo—por la influencia duradera de esta situación en la orientación intelectual del mundo hispánico. Y su respuesta es que "España ha perdido *para siempre cualquier preeminencia* que haya tenido alguna vez en esa esfera". Por diversas razones, es difícil una repatriación de emigrados en gran escala, pues la mayoría no querrán nunca abandonar sus nuevos hogares, y están criando una generación más joven, que "con toda probabilidad tendrá poco deseo de volver a *una patria tan atrasada* y sin desarro-

llar". En lugar de un presunto eje intelectual Madrid-Buenos Aires, el señor Mead confía en un área dominada por la cultura española de Méjico y los Estados Unidos. (Los subrayados son míos.)

Hasta aquí el artículo del señor Mead. Hay que decir que esta imagen de la situación intelectual española y de sus posibilidades es y será compartida por muchos. Tres razones convergen hacia ese resultado: la primera, apuntada por el autor, es que en los Estados Unidos se sabe muy poco de esa situación, y por eso él se propone informar y orientar a la opinión americana; la segunda, la autoridad de la revista en que escribe, fundada "para promover la comprensión internacional difundiendo información literaria"; la tercera, que el artículo del señor Mead viene a unirse a toda una serie de escritos parecidos, que se suman en la mente de los lectores de habla inglesa. Por ello vale la pena preguntarse en qué medida el señor Mead está enterado, hasta qué punto son válidos sus razonamientos, cuáles son los supuestos de su actitud y, finalmente, qué se propone. Con lo cual se podrá comprobar si realmente su artículo responde a los designios de la revista *Books Abroad*, es decir, si difunde afectiva información literaria, si podrá servir para promover la comprensión internacional, en este mundo que tanto la necesita. Veámoslo.

En primer lugar, los hechos, que, según dicen, son los más convincentes. Es plenamente cierto que entre los españoles residentes en el extranjero los hay de singular valor intelectual. En su mayor parte, emigrados políticos; otros no—de igual modo que la residencia en España ni implica ni permite suponer filiación política determinada—son *muchos más* que los que el señor Mead recuerda y cita. Para ampliar esa información—por supuesto sin ánimo de formar un censo, que por lo demás valdría la pena—, ahí van unos cuantos nombres ilustres: los poetas Jorge Guillén, Alberti, Cernuda, Altolaguirre, León Felipe; los filósofos José Ferrater Mora, García Bacca, María Zambrano; los escritores Bergamín, Guillermo de Torre, Pérez de Ayala, el recientemente fallecido Imaz y, sobre todo, Ramón Gómez de la Serna; los filólogos Millares, González de la Calle, Corominas y Montesinos; el historiador Sánchez Albornoz; los pedagogos Zulueta y Luzuriaga y otros más, sin salir de las disciplinas de humanidades. Habría que contar a fisiólogos y médicos, como Pi y Súñer, Lorente de No, Mira. Castroviejo y (aunque ya muerto) Río-Hortega; y tal vez—aunque a veces viven en España—a pintores como Salvador Dalí o Anselmo Miguel Nieto. Y la lista no terminaría aquí. En cambio, habría que suprimir algún nombre de los que el señor Mead apunta: uno de

los hermanos Machado (Manuel), que no salió de España, y en ella murió en 1947, no en el exilio; otro, el de Eugenio Florit, excelente poeta, que lamentamos no sea español.

Resulta, pues, que la emigración intelectual española es de un volumen, un valor y una importancia histórica superiores a los que el señor Mead haría pensar. Y, ni que decir tiene, representa un problema intelectual, político, moral e histórico—no se salte el lector ningún adjetivo—de primera magnitud y que merece atención grave y suficiente, y, cuando ésta no fuese posible, respetuoso silencio.

Lo que no se puede decir, en cambio, es que estos intelectuales estén totalmente perdidos para España; su relación con ella es considerable: leen a los españoles que viven en España; son leídos por ellos y por los españoles que no escriben; la gran mayoría de los libros españoles valiosos publicados en América se encuentran en las bibliotecas y librerías españolas. Menos cierto aún es que se elimine en España "toda mención" de ellos (lo que pudo pasar hace diez o doce años no puede servirse como información a los lectores de 1951). Para buscar un solo ejemplo, en el *Diccionario de Literatura española*, publicado bajo mi dirección *(Revista de Occidente.* Madrid, 1949), aparecen casi todos los nombres citados más arriba y otros muchos; la mayoría con artículos de tanta o mayor extensión que los dedicados a escritores de análoga categoría residentes en España; de mi personal redacción son los correspondientes a Machado, Salinas, Guillén, Lorca, Alberti, Gómez de la Serna, Casona, Azaña, etc. Y se habla en ellos como si se hubiesen escrito en 1933 o en 1937. Pero este *Diccionario* no es una excepción: basta leer las obras de Valbuena, Torrente Ballester, Díaz-Plaja o Blecua—desde el gran tratado al breve manual destinado a la enseñanza media—para ver que en las historias de la Literatura española no se olvida a los escritores emigrados. Y en las revistas se habla con toda frecuencia de ellos.

Será—pensará tal vez el señor Mead—porque no hay otros. Pero la verdad es muy distinta. La gran mayoría de los intelectuales españoles residen, como era de esperar, en España, entre los 28 millones de sus habitantes. España está en Europa, pese a quien pese. Y esto lo saben los emigrados españoles, como sabía Dantón que no se puede uno llevar la patria en la suela de los zapatos. Por eso el tema es dramático y apasionante, y no se puede tratar sino con apasionada, insobornable veracidad o—repito—con expresivo, significativo silencio. Yo no sé si en rigor hoy se puede hablar de él; quiero decir que al empezar a escribir este artículo no sé si es posible; pero tampoco veo más medio de averiguarlo que intentar

escribirlo; si el lector lo está leyendo, esto quiere decir que existía esa posibilidad; en caso contrario, sólo sabrá de él el cesto de los papeles.

El señor Mead no cita más intelectuales residentes en España que Menéndez Pidal, Ortega, Benavente y Eugenio d'Ors. Según él, los pocos que pueden contarse son "de edad muy avanzada"; y, en efecto, el más joven de los que nombra nació en 1883. Pero más bien ocurre lo contrario; quiero decir que es entre los emigrados donde se encuentra una mayor proporción de hombres maduros y ancianos, y es natural: eran hombres en su gran mayoría hechos, conocidos y formados antes de 1936, nacidos el siglo pasado o, a lo sumo, en los primeros años de éste. Y el número de los nuevos escritores surgidos en una emigración, cuyo número se cuenta por millares, no puede compararse con el de los nacidos en una sociedad compuesta de 28 millones de personas. La deficiente información del señor Mead me obliga a dar algunos nombres de intelectuales que viven en España; es posible que su lectura sorprenda a muchos que de buena fe sólo creían en la existencia de media docena de barbas venerables, *rari nantes in gurgite vasto*, en el océano de esa universal mediocridad e ignorancia que el señor Mead describe con apresurada y mal disimulada complacencia.

Quedan viejos ilustres, ciertamente. Además de los nombrados, *Azorín*, Baroja, Gómez Moreno, Julio Casares, entre los pertenecientes a la generación del 98. Pero la historia no termina aquí. Es sabido que la filosofía tiene en España un momento de insólito esplendor, del que se empieza a tener noticia en Europa; bastaría con citar, junto a Ortega, el nombre de Xavier Zubiri, autor de un libro *(Naturaleza, Historia, Dios,* Madrid, 1944) que se cuenta entre los primeros publicados en el mundo en lo que va de siglo, y aun habría que añadir otros nombres. ¿Puede olvidarse la existencia de una escuela de arabistas, cuya figura más notoria es García Gómez, continuador de Asín Palacios, muerto recientemente? ¿Es posible pasar por alto un grupo de filólogos e historiadores de la Literatura, en que figuran Dámaso Alonso, Salvador Fernández Ramírez—que acaba de publicar la mejor Gramática española existente—, Gili Gaya, Lapesa, Valbuena, Astrana Marín, García de Diego, Blecua, Oliver Asín, Díaz-Plaja, García Blanco y tantos otros? Por primera vez desde el siglo XVII empieza a haber helenistas y latinistas que publican traducciones directas de los clásicos, y estudios como los de Antonio Tovar, Pabón, B. Gaya, Fernández Galiano. En los últimos cinco o seis años se han publicado en Madrid dos traducciones directas de la Biblia, del hebreo y del

griego. La historia del arte cuenta con un desarrollo cuyos índices podrían ser nombres como los de Enrique Lafuente, Camón, Sánchez Cantón, María Luisa Caturla, María Elena Gómez Moreno. Los estudios etnológicos han recibido nuevo impulso de Caro Baroja; la historia es cultivada por hombres como Valdeavellano, Sánchez Alonso, Aguado Bleye, Pericot; las disciplinas jurídicas y sociológicas, por Garrigues, Conde, Arboleya, Díez del Corral, Maravall o García Pelayo. Respecto a la medicina, la lista de los cultivadores de primer orden tendría que ser larga; para evitarlo nombraré, un poco al azar, a Marañón y Laín Entralgo, que la unen con un penetrante cultivo de la historia; a Jiménez Díaz y Hernando, Arruga y Duarte, Rof y Grande, López Ibor, Germain, Sacristán, Lafora. La matemática y la física son cultivadas por figuras como Bachiller, Flores, Catalán o Palacios. Y si se habla, más específicamente, de Literatura, habría que dar no pocos nombres de maduros y jóvenes; por ejemplo, los de los poetas Aleixandre, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Rosales, Panero y otros más jóvenes; novelistas como Zunzunegui, Cela, Carmen Laforet, Suárez Carreño, Agustí, Gironella; autores dramáticos como López Rubio, Ruiz Iriarte, Buero Vallejo, Valentín Andrés Alvarez; prosistas como Julio Camba, Fernando Vela, Marichalar... ¿Para qué seguir? No es mi propósito hacer recuento de los intelectuales españoles de los dos lados del Atlántico, ni menos establecer aquí su jerarquía, que va—tanto en unos como en otros—de la genialidad a la calidad estimable. Me interesaba sólo poner de relieve dos hechos: primero, que en España existen grupos considerables que cultivan intensamente todas las disciplinas intelectuales; segundo, que su número—como podía anticiparse *a priori*—es *enormemente mayor* que el de los radicados en el extranjero.

Pero hay algo que no puede omitirse, porque es lo más representativo de la situación intelectual de España y, sobre todo, de sus posibilidades, que es lo que parece interesar especialmente al señor Mead. Me refiero a la fundación, en 1948, del Instituto de Humanidades, organizado por Ortega, con mi colaboración, en Madrid. Porque se trata de una institución absolutamente privada e independiente, sin la menor intervención estatal, sin ayudas económicas de ningún orden ni españolas ni extranjeras, nutrida sólo con las matrículas de los oyentes de sus cursos y coloquios-discusiones. ¿Con qué resultado? Desde el punto de vista estrictamente intelectual, el Instituto de Humanidades ha tocado de un modo sumamente original temas del más vivo interés, algunos de ellos vírgenes de todo estudio: la interpretación de la historia universal según

Toynbee y su crítica, los problemas más hondos de la sociología, la estructura social del precio, los modismos, el arte de Goya, el régimen mixto en la política desde Grecia, la guerra, el método histórico de las generaciones, la filosofía europea de los últimos veinticinco años, la filología arábiga, la geografía social de España, los métodos estilísticos en poesía española, la cultura de Mohenjo-Daro. Dos libros, uno de ellos mío—*El método histórico de las generaciones*—, otro de Dámaso Alonso—*Poesía española. (Ensayo de métodos estilísticos)*—, han aparecido ya como muestra impresa de las actividades del Instituto. ¿Y desde el punto de vista social, quiero decir de la repercusión sobre la vida española? Baste un dato estadístico: estos cursos y coloquios, relativamente caros (pues cada lección o conferencia cuesta aproximadamente como una butaca de buen teatro o concierto), han atraído auditorios que a veces han pasado de los 200; y en el caso de los cursos de Ortega, el primero no pudo admitir más que 650 oyentes; el segundo tuvo que limitarse a 1.300—la capacidad total de un cine madrileño, el Barceló—. De todo esto no tiene noticia el señor Mead, o si la tiene considera que es insuficiente para informar de ello a los lectores americanos, a quienes pretende explicar lo que pasa con la vida intelectual española en estos últimos años. Y todavía habría que añadir los cursos privados de Zubiri, que vienen reuniendo desde hace seis años un centenar de personas de lo más granado en todas las profesiones intelectuales. Respecto al público del Instituto de Humanidades, convendría advertir que en él se encuentran desde los estudiantes universitarios hasta las damas de la aristocracia; desde los académicos de la Española hasta hombres de negocios; médicos y poetas, ingenieros y muchachas de veinte años, hasta algunos sacerdotes y algunos militares y algunos obreros: una España abreviada.

En cuanto a los libros publicados en este último tiempo, habría que hacer una larga lista de los muy importantes. En las páginas de *Books Abroad*, sin ir más lejos, se puede encontrar reseña de algunos de ellos; hasta algunos de los míos han llegado hasta allí. Pero basta consultar los catálogos de las Editoriales o cualquier repertorio bibliográfico para tener información suficiente sobre este punto.

Resulta, pues, que el señor Mead no está enterado, y si lo está guarda su información, como sus vinos el cosechero que invitaba al rey Carlos IV, "para mejor ocasión". Vale la pena echar una ojeada a la estructura intelectual de su artículo, es decir, a sus razonamientos. En primer lugar, para explicar lo que considera de-

cadencia intelectual de España y de Hispanoamérica, se contenta con apelar al régimen político que hoy impera en España. Supuesta esa decadencia—y ya hemos visto lo que queda de esa suposición—, ¿es que no ha pasado en el mundo, precisamente desde 1939, nada más? ¿Por qué sienten entonces tan honda preocupación por su vida intelectual en Francia, en Inglaterra, en Alemania y aun tal vez en los Estados Unidos? "España está muy atrás en la ciencia contemporánea—escribe el señor Mead—, mientras en las humanidades la situación no es mucho mejor." Si esta frase tiene algún sentido, será comparativo con los años anteriores; y si bien es cierto que la ciencia físicomatemática o biológica no es cultivada en España con los medios e intensidad que en algunas otras partes —pocas en verdad—, no se puede decir que la situación fuese mejor hace veinte años; respecto a las humanidades, me atrevo a decir y a demostrar con un poco de espacio que la aportación española en lo que va de siglo—no interrumpida hasta hoy—puede ponerse al lado de la de cualquier país de Europa o América.

El señor Mead supone, además, que la situación intelectual española es cada vez peor, puesto que habla de una "progresiva implantación de la mediocridad en todas las esferas del pensamiento", con lo cual renuncia a cuanto pudiera decir de verdadero y eficaz —y habría que decir no poco—sobre el impacto producido por la guerra civil y sus consecuencias, enorme traumatismo histórico del que España no está todavía curada, y ése es precisamente el problema. Y ocurre preguntarse a cambio de qué renuncia a ello; pero sobre esto volveré en seguida.

Hay otro razonamiento del señor Mead que merece subrayarse. Considera improbable la vuelta a España de los emigrados, aun supuestas las condiciones políticas para ello, porque la mayoría no querrá volver a una patria tan atrasada. ¿Será así? ¿Estará España atrasada respecto a los países en que residen la mayor parte de los emigrados, de los cuales sólo unas pocas decenas viven en Francia, Inglaterra o los Estados Unidos, y la casi totalidad están dispersos por las Repúblicas hispanoamericanas?

El supuesto básico del señor Mead, el que vicia e inutiliza su artículo entero, es lo que podríamos llamar su *politicismo*. Quiero decir su creencia de que lo primero, decisivo y más importante es la política. El mismo supuesto que le llevará a considerar tal vez que los hechos que acabo de enumerar en estas páginas implican una defensa o justificación del régimen político dominante en España. Como si se le pudiese atribuir a un régimen, ni para bien ni para mal, la sustancia profunda de lo que en un país acontece;

como si no fuese la política un fenómeno relativamente superficial y epidérmico, cuya acción, por perturbadora que sea, es transitoria y deja además intactos los estratos más profundos de una sociedad. El señor Mead, sólo con un cambio de signo, coincide totalmente con los panegiristas y propagandistas oficiales del régimen español, para quienes es, ni que decir tiene, lo más importante que ha sucedido en los últimos cincuenta años. Yo estoy muy lejos de pensar tal cosa, y si quiero explicarme lo que en España acontece, las causas de su grandeza o su miseria, de su esplendor intelectual o de sus deficiencias, de sus peligros y de sus esperanzas, necesito trabajar un poco más, pensar algo más en serio y, lo primero de todo, salir de España y considerar lo que pasa en Europa y en el mundo entero, que es donde se encuentra la razón de lo que de verdad acontece en cualquier país. Siento mucho que la vida intelectual, tal como la entendemos en España, no sea tan sencilla.

Y con esto llegamos a lo más importante. Me preguntaba antes a cambio de qué renunciaba el señor Mead a investigar nada concreto y preciso que pudiera decirse sobre la situación actual de España para limitarse a una condenación total y en hueco, de cuya consistencia acabo de dar suficientes pruebas. El señor Mead tenía que considerar incurable la presunta dolencia de la cultura española, porque lo que se propone es darle el cese definitivo y declararla conclusa. "España ha perdido para siempre—afirma—*cualquier preeminencia* que haya tenido alguna vez en esa esfera." España es cosa acabada. ¡Curiosa forma de hispanismo! Y para que ello resulte menos evidente, tal vez por razones de amistad y "buena vecindad", amables elogios a los emigrados; elogios que, por cierto, se quedan por bajo de su valor efectivo. Con pretexto del régimen español, se trata de la eliminación, y *para siempre*, de España. Lo cual, de ser cierto, implicaría una sobreestimación del régimen político, el cual habría sido capaz, en doce años, de esterilizar un país entero para todo el resto de la historia. Como si esto fuera posible; como si el florecimiento intelectual de los países coincidiese con los regímenes mejores; como si se hubiese esperado a establecer regímenes democráticos, elecciones, Naciones Unidas, o bien dictaduras, Estados corporativos o cualesquiera otros para pensar, soñar, escribir prosa deleitable, componer versos, pintar, levantar pirámides o catedrales góticas, estremecer el aire con música de violines o investigar la estructura del átomo o los atributos de Dios.

¿Qué consecuencia se desprende de la comparación del artículo

del señor Mead con la realidad? Justo la contraria de la que él extrae; la *insólita, sorprendente* vitalidad de España, y, por consiguiente, la esperanza que puede ponerse en su futuro. Porque resulta que los emigrados españoles están en plena y valiosa actividad, que va desde la exquisita poesía de Guillén o los cristalinos relatos de Salinas a la ingente labor de traducción del Fondo de Cultura Económica o la Editorial Losada; desde obra tan personal y de tanto aliento como *España en su historia,* de Américo Castro, hasta el *Diccionario de Filosofía,* de Ferrater Mora, probablemente el mejor que hoy puede consultarse en cualquier lengua. Y, al mismo tiempo, en España se acometen empresas editoriales como la publicación de las obras completas de Unamuno, Ortega, *Azorín,* Miró, Baroja, Galdós, Luis Vives, Benavente, Valera, Quevedo, el duque de Rivas, Zorrilla; la continuación de la *Historia de España,* que dirige Menéndez Pidal; la nueva *Historia de las Literaturas hispánicas,* dirigida por Díaz-Plaja; la colección de clásicos de la medicina, realizada por Laín Entralgo; la antología *La Filosofía en sus textos,* que tengo que citar a pesar de ser mía, por ser la más amplia antología filosófica publicada hasta hoy, como decía hace unos meses *Books Abroad;* el *Diccionario de Literatura española,* de la *Revista de Occidente;* las ediciones de clásicos griegos (Platón, Aristóteles), del Instituto de Estudios Políticos; las de filósofos, teólogos y místicos (desde San Agustín a San Buenaventura, hasta Suárez o San Juan de la Cruz), de la Biblioteca de Autores Cristianos.

Y todavía hay algo más significativo. Dije hace algún tiempo que el género dominante en la vida española anterior a la guerra civil era el ensayo; hoy parece haberse iniciado una etapa de producción de grandes tratados; en ellos empieza a estudiar, a la altura de los tiempos, con la mejor información y un punto de vista original, en buen castellano, la generación que está entrando en la Historia, es decir, el inmediato porvenir de España y, ahora sí, de la América española. Son los grandes tratados médicos de Marañón o Jiménez Díaz; la *Historia Clínica,* de Laín Entralgo, primer estudio en serio sobre el enorme tema; la *Patología psicosomática,* de Rof Carballo; la *Angustia vital,* de López Ibor; los estudios sobre *Dinámica cerebral,* de Justo Gonzalo; la *Historia de la pintura española,* de Lafuente, o su *Zuloaga;* o la de la escultura, de M. E. Gómez Moreno; o el monumental *Greco,* de Camón; es *El liberalismo doctrinario*—primer estudio de conjunto sobre este tema europeo—, de Díaz del Corral; y, por primera vez, los uni-

versitarios de lengua española se inician en la filosofía y estudian su historia y sus disciplinas capitales en libros españoles.

Todo lo cual muestra que era acertado el diagnóstico de Ortega cuando hablaba hace poco de la "sorprendente, casi indecente salud" de España. Su vitalidad histórica es tal, que puede permitirse hasta el error. No hay duda de que la emigración representa una tremenda mutilación de la vida intelectual española, aunque no se puede predecir si será negativo el balance que pueda hacerse de ella y de sus consecuencias dentro de un par de siglos. Pero lo asombroso es que, a pesar de tanta pérdida o casi pérdida—ya hemos visto que no es tan total como se dice—, todavía queda vida intelectual en España, en un volumen, como es lógico, aún mucho mayor. Ha habido una dolorosa, penosa, perturbadora escisión, que plantea un problema siempre vivo, cada vez más agudo: existe una floreciente y fecunda España *extramuros*. (*Extramuros*, sí; pero no exageremos, porque ¿quién pone puertas al campo?) Y, a pesar de ello, como podía preverse, España está en Europa.

Julián Marías.
Covarrubias, 14.
MADRID.